

CRONOLOGIA

11. 11. 11. 11. 11. 11. 11. 11. 11. 11.

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

NEGOCIACIONES SOVIÉTICO - NIPONAS EN MOSCÚ

Procedente de Bonn, el 6 de octubre llegó a Moscú Kakuei Tanaka. Era la primera vez desde la II Guerra Mundial que un jefe de gobierno nipón visitaba a la URSS. El estallido de la cuarta guerra árabe-israelí ha relegado esa visita a último término de la actualidad. Pero la trascendencia del conflicto del Cercano Oriente no restaba importancia a las negociaciones soviético-niponas, por cuanto inciden en un equilibrio mundial que ya no se asienta exclusivamente en la bipolaridad. Nuevos centros de poder han aparecido o pugnan por aparecer en el mundo. Uno de ellos es Japón, aunque sólo fuera por el enorme peso de su economía. Es un hecho que no modifican los motivos coyunturales que hicieron pasar un poco sin pena ni gloria unas negociaciones que son la continuación paciente y tenaz por ambos interlocutores de las iniciadas en Londres en 1955, ya encaminadas a la firma de un tratado de paz entre la URSS y Japón, que sólo estuvieron en guerra unos días, ya que la URSS declaró la guerra a Japón el 9 de agosto de 1945, víspera de la demanda nipona de rendición incondicional.

Tan dilatadas negociaciones débense al pleito territorial derivado de los acuerdos de Yalta, por los que se atribuía a la URSS, a la sazón sólo futura enemiga de Japón, la isla Sajalin y el archipiélago de Kuriles, incluidas las llamadas Kuriles del Sur o Habomai, que son desde tiempo inmemorial parte integrante del territorio japonés. No por negarse la URSS a firmar en 1951 el Tratado de San Francisco dejaron los antiguos aliados occidentales de obsequiar a la ausente. Y en el capítulo II, artículo 2, c), hicieron figurar la renuncia por Japón de todo derecho, título o reclamación sobre esos territorios. Aunque Japón firmó ese Tratado, no lo hizo la URSS; luego no estaba de acuerdo con sus términos. Por lo tanto, lo signado no tiene valor de inapelable sentencia.

Este insólito problema jurídico origina la reivindicación territorial nipona y no ha cesado de estar presente en todos los intentos de la URSS y Japón para dar carácter formal a una paz largamente existente entre los dos países, que les permite mantener excelentes relaciones económico-comerciales y llegar a diversos acuerdos en materia de pesca y navegación aérea. Estos son los carriles por los que han venido discurriendo Moscú y Tokio desde 1955, en que las negociaciones se atascaron ya en la reivindicación de las Habo-mais. En cambio, los intereses económicos aconsejaron al Gobierno japonés reconocer *de facto* la presencia en la capital nipona de la agencia soviética, allí instalada al socaire de la euforia norteamericana por su victoria. Después de este primer pequeño éxito se firmó en Moscú el 19 de octubre de 1956 una declaración conjunta que ponía término al estado de guerra entre los dos países y establecía relaciones diplomáticas y consulares.

Este es el *status* todavía vigente entre la URSS y Japón. No ha permitido a Japón recuperar las islas birladas, pero le ha dado ocasión de pisar fuerte en el mercado soviético y de los países del Este, así como de sacar sustanciales ventajas—por la proximidad geográfica—de suministros de materias primas siberianas. Razones ajenas a las relaciones soviético-niponas propiamente dichas—singularmente la firma en 1960 por Japón del Tratado de Seguridad con los Estados Unidos—provocaron entre Tokio y Moscú tensiones, protestas y hasta amenazas soviéticas. No frenaron las transacciones comerciales, tanto más cuanto que Japón demostró interesarse primordialmente por su desarrollo económico. De ahí su negativa a integrarse en el sistema político-estratégico norteamericano, que pretendía contener el comunismo en Asia y el Pacífico. Tan tranquilizadora disposición llevó a la URSS a aludir ofensiva y vagamente a la devolución de dos pequeñas islas de las Kuriles—pero no las más importantes y cercanas a Japón del archipiélago—previa firma del tratado de paz. Para Japón esa firma está supeditada a la satisfacción de su reivindicación.

Sin hacer la menor concesión, tal ha sido la postura mantenida por todos los Gobiernos nipones sin excepción. A pesar de su flexibilidad para normalizar en julio de 1972 las relaciones con Pekín, Kakuei Tanaka se ha mostrado tan inflexible como sus predecesores en lo que atañe al viejo pleito territorial con la URSS. Ello explica el resultado negativo, en cuanto al tratado de paz, de su viaje a Moscú. Es más: ese resultado negativo no ha dejado de influir en otro importante tema de las últimas negociaciones.

Era el de la ayuda financiera y técnica japonesa en el desarrollo de Siberia, convertido en «daca», supeditado al «toma» de las islas Habomai. Era reiterar la postura adoptada el año pasado, precisamente en octubre, por el ministro de Asuntos Exteriores, Masayoshi Ohiro, si bien aquellas conversaciones no tuvieran por objeto fundamental negociar el tratado de paz ni cooperar en el desarrollo de Siberia. Había que tranquilizar a los dirigentes soviéticos, desasosegados por el acercamiento entre Tokio y Pekín, lo que podía introducir un factor perturbador en las ambiguas relaciones soviético-niponas.

Oficialmente, no se ha tocado en Moscú el tema de China, pero todo sugiere que estuvo presente en la mesa de negociaciones. En efecto, para la URSS, desde un punto de vista estratégico, es evidente la importancia posicional de las Habomai para mantener a Japón alejado de la tentación de inclinarse en favor de China en la agria disputa con su vecina, de raíz geopolítica antes que ideológica, por lo que puede ser duradera, pese a cambios de equipo en Moscú y Pekín. Y lo que se ventila es parte no menguada de un territorio que la URSS brega por desarrollar, «rusificándolo» de paso. La ayuda de Japón al logro de este objetivo comprometería sus buenas relaciones con la vecina asiática, que está en condiciones de asumir eventualmente el relevo de la URSS para suministrar materias primas a buen precio.

Que Japón rehúye provocar una situación que lo acorrale a optar entre Moscú o Pekín lo indica el que en su conferencia de prensa Kakuei Tanaka se dijera dispuesto a discutir más ampliamente la cuestión del tratado de paz, aun recalcando que sólo lo firmaría previa devolución de las Habomais o Kuriles del Sur. Era escurrir el bulto del desarrollo de Siberia mediante una ayuda masiva y comprometedora. ¿Subsistirían las reservas niponas si la URSS devolviera los territorios reclamados? El juego sutil que Japón ha de jugar entre la URSS y China lleva a dudarlo. Por incómoda que sea la situación existente entre Tokio y Moscú, «que no ayuda al desarrollo de las relaciones», como dijo Tanaka, no perjudica sensiblemente a Japón, que tiene que nadar económicamente y guardar la ropa políticamente entre dos enemigos potenciales.

ELECCIONES EN TURQUÍA

Sólo con motivo de alguna grave crisis suele prestarse atención a lo que sucede en Turquía. Sin embargo, el importante papel que desempeña en la OTAN y su misión de guardiana de los Estrechos no aconsejan a Europa, y menos a los países mediterráneos, desinteresarse de sus rumbos políticos, por grande que sea el relajamiento de la tensión o compadrazgo entre Washington y Moscú.

No todo son bienandanzas, sosiego y satisfacción en una Turquía remediada por divergencias políticas, alza disparada de los precios y por una inflación que amenaza con sumergir una economía cuyas dificultades, nada recientes, más se deben a causas estructurales que coyunturales. Y ese es el meollo del largo problema turco. La Constitución de 1961, aprobada después de derrocar el Ejército al Gobierno Menderes, prevé una serie de reformas de todo orden—en primer término, la agraria—, destinadas a sacar al país de un feudal capitalismo que encanija su desarrollo económico y social. Pero el respeto del Ejército turco por las instituciones parlamentarias puso de nuevo el pie en el estribo a los viejos partidos políticos, aunque alguno se tomara el trabajo de cambiar de nombre. Y así se celebraron elecciones en 1965 y en 1969. Las dos dieron la mayoría en la Asamblea nacional al Partido de la Justicia, de Suleiman Demirel, heredero, con todas sus consecuencias, del ajusticiado Menderes. Todos los observadores han coincidido en vincular el Partido de la Justicia a los grandes terratenientes, la finanza y la industria de Estambul, poderosos grupos de presión susceptibles de influir directa o indirectamente en amplios sectores de la población, singularmente en el rural, llegada la hora de votar, y de crear en la Asamblea por diputados interpuestos el parapeto defensivo conveniente a sus intereses, frente a todo propósito reformista. Tal se evidenció en tiempos del gobierno Demirel, lo que provocó graves alteraciones de orden público, alentadas lógicamente por los partidos de izquierda.

Se calificó de «golpe de Estado» la decisión adoptada por el Ejército el 12 de marzo de 1971 de destituir a Suleiman Demirel. No es propio el término. La Constitución turca—como la Ley Orgánica española—impone al Ejército la defensa de las instituciones del país. La situación imperante en Turquía en marzo de 1971 obligó al Ejército a cumplir con ese deber constitucional. Acto seguido encargó al catedrático Nihat Erim la formación

de un gobierno de «unión nacional», o sea comprensivo de representantes del Partido de la Justicia. Y Nihat Erim se atascó en las reformas pendientes desde 1961... Debido a las reglas democráticas, esas reformas, que Turquía necesita casi con urgencia, requieren el visto bueno de la Asamblea, elegida en 1969 con mayoría absoluta del Partido de la Justicia. Por tanto, la Asamblea mediatizó la acción del Ejército, que ha sido más de forma que de fondo, salvo en la restauración del orden público y la disolución de los activos partidos de izquierda. Todo ello explica el fracaso de Nihat Erim. Es decir, que la posibilidad para Turquía de remozar sus estructuras caducas en el marco de las instituciones vigentes depende de una renovación del Parlamento. De ahí la importancia de las elecciones del 14 de octubre.

Ocho partidos políticos salían a la palestra, siendo los más importantes y enconadamente adversarios el de la Justicia—siempre capitaneado por Demirel—y el Partido Republicano del Pueblo, viejo partido, creado por Ataturk y posteriormente dirigido por Ismet Inonu, desplazado de su casi vitalicia jefatura en el último Congreso nacional por el joven Bulent Ercevit, representante de la tendencia social-demócrata. Entre los demás partidos enzarzados en la lucha electoral cabe destacar el Partido de Salvación Nacional, que ocupa el hueco dejado por el partido de extrema derecha Orden Nacional, disuelto en 1971, y que hace hincapié en la defensa de la tradición religiosa, combatida por el laicismo militante de los fieles al pensamiento de Kemal Ataturk. También desplegó intensa actividad el Partido Democrático, rama desgajada del Partido de la Justicia, que representa los intereses económicos de las provincias, que se estiman frustrados por los grupos de presión de la capital. Ningún partido de izquierda participó en la batalla electoral. Disueltos, no se han reconstituido ni lo han intentado. Sus dirigentes, encarcelados o en libertad limitada, parece ser que aconsejaron a sus solapados seguidores que votaran por Ercevit, especie de mal menor en la actual situación. De suerte que, de analizar la corriente electoral que ha dado la victoria al Partido Republicano del Pueblo, frente a su más peligroso adversario, el Partido de la Justicia, se hallaría el arroyuelo de los votos de la acallada izquierda, que ha contribuido a que obtenga 184 escaños en una Asamblea de 450 diputados. En cuanto al Partido de la Justicia, no es tanto que sólo consiguiera 149 escaños como que haya perdido 107 con relación a 1969, lo que le permitía dominar la Asamblea e imponer sus criterios, aun después de destituido Demirel.

Aunque la victoria electoral del Partido Republicano del Pueblo no signifique mayoría parlamentaria y que hasta después del 30 de octubre el jefe del Estado, Faeri Koroturk, no designe al encargado de formar gobierno, es de suponer que sea Bulent Ercevit el llamado a cerrar el paréntesis de intervención del Ejército en la vida política del país. En tal caso, posiblemente haya de incluir en su Gobierno a representantes de partidos minoritarios, que, de aliarse tácticamente en la Asamblea, podrían construir un nuevo muro de contención que impida toda reforma. Por lo pronto, el jefe del Partido Democrático (45 escaños) ha propugnado una alianza de los partidos de derechas (el suyo, el de la Justicia, de Salvación Nacional y de la Confianza), por cuanto el resultado electoral refleja el deseo popular de tener un Gobierno de aquella tendencia, dijo. De hecho, la suma de esos partidos que actuaron en orden disperso supera con creces las huestes parlamentarias del Partido Republicano del Pueblo. Si Ercevit ha de recurrir a la fórmula de «unión nacional», es de suponer que sus impulsos reformistas se vean frenados. El nuevo reparto de las cartas políticas no ha puesto en manos del animoso líder todos los triunfos que se necesitan cuando el palo que sigue pintando es el de los intereses de grupo. Mientras, el Ejército torna a hacer guardia silenciosamente en torno a las instituciones y los mecanismos gubernamentales. Las últimas elecciones no parecen haber engrasado ese mecanismo al extremo de que Turquía emprenda nuevos caminos.

CHINA Y EL CONFLICTO ÁRABE - ISRAELÍ

Las conversaciones celebradas en Moscú el 20 y 21 de octubre permitieron a Leonid Breznev y Henry Kissinger mostrarse orondos y satisfechos de haber llegado al acuerdo de redactar al alimón el texto de resolución sobre el Cercano Oriente, que, presentado en el Consejo de Seguridad, había de aprobarse por 14 votos. China, reprobando esas componendas, se abstuvo, como se abstuviera hace unas semanas, también en el Consejo de Seguridad, por estimar impreciso y falto de vigor la condena de Israel. Aquella abstención no estorbó la orden de alto el fuego del 22 de octubre, aceptada por Egipto e Israel, mas no por Siria e Iraq.

Desgraciadamente, los negociadores no habían contado acaso con los ardores bélicos de los israelíes. Horas contadas después del alto el fuego oficial lo violaban, si es que en algún momento estuvo en su ánimo resistir la tenta-

ción de cortar la carretera El Cairo-Suez y dar cerrojo al III Ejército egipcio en la orilla occidental del Canal. Nueva apresurada reunión del Consejo de Seguridad el 24 de octubre. Esta vez China salió de su silencio y pudo verse a su representante increpando furiosamente al representante soviético, que tampoco se privó de vocear y gesticular. Hubo de suspenderse la reunión durante media hora. Al reanudarse, según su costumbre, de que la destemplanza verbal contrasta con la moderada acción, China no ejerció el derecho de veto. Se limitó a abstenerse, confirmada en lo atinado de su conocida tesis de que las Superpotencias son azote de la humanidad y que ejercen en el Cercano Oriente una acción nefasta, tendente a mantener el estado de crisis, del que ambas esperan sacar provecho, aun después de su declarada «colusión». Esta, en lo que atañe a la URSS, responde a una necesidad táctica. No modifica los objetivos de su estrategia de dominación del mundo, que los chinos llaman su «social-imperialismo». De ahí que China, apasionada de su independencia, haya hecho del antisovietismo la base de su política exterior, que realmente, hasta después de la Revolución Cultural, había carecido de corporeidad y estuvo regida más por la ideología revolucionaria que por el interés político del país.

No ha sido la menor tarea de China Popular fijar las coordenadas de su acción exterior, por cuanto la apertura al mundo en plano de igualdad con otros países es hecho nuevo en su larguísima historia. Durante siglos y siglos, China sólo tuvo contacto con países vecinos y más o menos vasallos, a los que servía de ejemplo. El Tratado de Nankín en 1842, resultante de un amago de relaciones con un país occidental, hizo que en pocos años se despeñara en un abismo de sucesivas humillaciones y de que sólo la rivalidad de las potencias ofensoras la salvara de convertirse en colonia. Ese recuerdo, reavivado por la larga lucha contra el Japón, iniciada en 1937, origina recelos y aconseja prudencia frente al exterior, pero sirve de contrapeso a una dinámica revolucionaria que la incitaría a convertirse en abanderada de los países susceptibles de ser comunistas y de los que fuera modelo. De otra parte, no sólo rehúye de constituir un nuevo bloque, sino que se afana por destruir los existentes, con la excepción, por ahora, del que podría ser Europa.

Precisamente los amargos frutos que Europa cosecha del último conflicto armado del Cercano Oriente, derivados del antagonismo coexistente con el acercamiento de los dos gigantes, es un tanto a favor de la tesis de China que, imposibilitada de echar su cuarto a espadas en el pleito árabe-

israelí, pone el grito en el cielo y recuerda a tiempo y a destiempo la un tanto olvidada cuestión palestina, a la par que denuncia a las superpotencias por impedir una verdadera solución hasta ver cuál de las dos neutraliza a la otra en esas áreas. No obstante, lo vano del empeño de que éstas suelten de momento la presa que se disputan, China no se viene limitando a abstenerse en el Consejo de Seguridad ni a clamar en el poco menos que desierto de la ONU.

Prescindiendo de las alternativas y vicisitudes de sus primeras relaciones con los países árabes—incluidos los del Magreb—, China presta desde 1967 singular atención al Cercano Oriente, víctima en la tercera guerra árabe-israelí de «la traición soviética», afirmación tendente a menguar la influencia de la URSS en el mundo árabe. Apoyando cuanto ha estado a su alcance los diversos movimientos guerrilleros del Cercano y Medio Oriente, tratando con cierto desdén a los Gobiernos árabes y criticando los sucesivos planes de paz, China no ha perdido oportunidad para hacer oír su voz discrepante y no siempre desacertada. Y al producirse en Sudán el contragolpe de Estado de julio de 1970, en aras del antisovietismo, tomó partido por el anticomunista general Numeiry, como en marzo de 1971 y noviembre de 1971, estableció relaciones diplomáticas, respectivamente con Kuwait y Líbano, países conservadores si los hubo. No bien el presidente Sadat puso término, en julio de 1972, a la estrecha cooperación de su país con la URSS, las frías relaciones chino-egipcias empezaron a caldearse. En este orden de ideas, es de destacar la visita a Pekín del 22 al 24 de septiembre pasado del vicepresidente egipcio, Husein El Chafei, que tuvo largas conversaciones con los dirigentes chinos. Del interés de Pekín por el mundo árabe, es exponente que el presidente Mao Tse-tung recibiera a El Chafei quien, en un brindis, dijo, aunque con la boca chica, que Egipto estimaba que las superpotencias mantenían el estado de «ni guerra ni paz» en provecho de sus respectivos intereses.

Ese acercamiento chino-egipcio causó inquietud en Moscú, por lo demás incómodo frente a El Cairo desde el viaje de Breznev a los Estados Unidos, al extremo de que, no bien regresara éste, se despacharon a Egipto varios altos funcionarios encargados de hacer ver a los egipcios que amigos como los soviéticos no tenían otros. Ello no ha impedido que, para obtener del Congreso norteamericano el trato de nación más favorecida, la URSS permitiera que una riada de judíos soviéticos salieran para Israel, como han

denunciado los chinos a saciedad. En cuanto a la ayuda soviética—dicen los chinos y los hechos—ha permitido a la URSS sentar sus reales en el Cercano Oriente y disponer de bases navales destinadas a asegurar su presencia en el Mediterráneo, cuya seguridad amenaza.

Aunque el pandemonium que es hoy en día el Cercano Oriente veda opinar sobre el desarrollo del problema, salvo más graves derivaciones del conflicto trabajosamente localizado, cabe aventurar cierto empate de las superpotencias y, a base de enjuagues, el logro de una paz que sea, con perdón de Clausewitz, «la continuación de la guerra por otros medios». Ello no tiene por qué desalentar a China para seguir clamando que frente a las superpotencias no hay opción conveniente para los países medianos o pequeños, sino todo lo contrario. Pero, posiblemente, en esa fase de su actividad, como nación responsable, trate más de captar la atención de los Gobiernos árabes que por lo pasado.

LA ALERTA QUE ESTREMECIÓ AL MUNDO

No ha sido preciso esperar el juicio de la Historia para comprobar cuán acertado estuvo el general De Gaulle cuando, en razón de los «compromisos que los Estados Unidos tienen que cumplir en todos los rincones del mundo», y que «podían llevar a Francia a hacer una guerra que no fuera *su* guerra», desenganchó el vagón francés del tren de la OTAN, aun dejándolo en la vía del Pacto Atlántico. Se ha visto el 25 de octubre, día en que, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, aunque previa reunión del Consejo de Seguridad Nacional y flagrante olvido de los aliados europeos, el presidente Nixon hizo saber que, hasta nueva orden, disponía el estado de alerta de todas las fuerzas norteamericanas en los Estados Unidos y Europa. El mundo se quedó atónito ante tan estremecedora consecuencia de la postura norteamericana en el conflicto árabe-israelí.

Sólo con el tiempo se irán conociendo las razones que han aconsejado ese zafarrancho de combate en la nave norteamericana, sacudida por temporales de variada índole. La que campea en primer término, y ha calado en la opinión pública y no pocos medios informativos, es el propósito de disipar la sombra fatídica de Watergate que, es cierto, se olvidó momentáneamente. No justifica la medida adoptada ni, posiblemente, haya influi-

do en su adopción. Excluidos los objetivos internos, en realidad secundarios y logrados por añadidura, se impone que otros, exteriores éstos, son los que impulsaron a la Administración norteamericana a actuar por la tremenda, disparando esa especie de misil político de cabeza múltiple, luego destinado a alcanzar varios objetivos, con vistas a salvaguardar, en lo inmediato y a plazo no previsible, vitales intereses nacionales que no coinciden forzosamente con los intereses europeos.

Aun admitiendo que la URSS estaba embarcando fuerzas con destino al Cercano Oriente, para protestar de que, a raíz del alto el fuego, la diplomacia norteamericana se estera, ayudando así por pasiva a que Israel redondeara su acción en la orilla occidental del Canal, mientras activaba el envío de pertrechos bélicos, no se justifica la alerta generalizada. En cambio, puede considerarse el objetivo de que la URSS moderase su interés por el Cercano Oriente, a fin de situar el centro de gravedad de las negociaciones de paz en Washington, como está sucediendo. Otro objetivo pudo ser, apelando a la dialéctica de la disuasión en tono mayor, con más capacidad de intimidación que el teléfono rojo, advertir a Moscú que, de llegar el caso, los Estados Unidos se jugarían el todo por el todo en defensa de Israel—convertido en vital interés nacional—y también en defensa de los cuantiosos intereses petrolíferos norteamericanos en la región. Tal pregonaba la dramática decisión adoptada por el quitame allá esas pajas de un supuesto envío de fuerzas al Cercano Oriente.

Mucho se ha dicho, quizá demasiado, que las medidas adoptadas por los países árabes exportadores de petróleo apenas si afectaban a los Estados Unidos. No puede decirse otro tanto de los países europeos que, por consumir más de un 80 por 100 de petróleo árabe, verían paralizarse su economía de prolongarse la situación actual. Esa crisis, estrechamente dependiente del problema árabe-israelí, perjudicaría a los Estados Unidos en razón de sus cuantiosas inversiones en el Viejo Continente. La imbricación de los intereses norteamericanos y europeos occidentales explica el agrio talante del presidente Nixon cuando, en su conferencia de prensa del 26 de octubre, se indignó de la falta de cooperación de los países del Pacto Atlántico en el conflicto del Cercano Oriente.

Porque, desde el punto de vista de Washington, quiera o no, la Europa atlántica es parte en ese conflicto, lo que no pretende decir que haya de intervenir en la política cercanooriental de su gran aliado, ni siquiera tener

conocimiento previo de sus altas decisiones. Lo que el presidente Nixon ha echado de menos es la ciega disciplina de sus aliados para que los metiera de hoz y de coz en la ayuda a Israel y su eventual defensa. O sea, que Gran Bretaña no decretara el embargo del material bélico, que la República Federal desistiera de mantener su tesis de neutralidad y no impidiera el embarque de pertrechos de guerra procedentes de bases en Alemania y que otro tanto hiciera Italia. Peregrina, impropia y hasta absurda ha sido la reacción del presidente Nixon ante el comportamiento de países soberanos, aliados en virtud del Pacto Atlántico que, de una parte, es estrictamente defensivo y que sólo habría de surtir efecto en caso de ataque contra una o varias de las partes (art. 5) y, de otra, sólo se aplica en un área geográfica claramente definida que no comprende, ni por asomo, el Cercano Oriente de Israel y los países árabes. Como ningún país de la OTAN ha sufrido ataque alguno ni cabe que, víctima de enajenación mental generalizada, la Administración norteamericana «sitúe la capital de su país en Tel-Aviv», quizá el presidente Nixon ha aprovechado el pretexto de la lógica «falta de cooperación» europea para justificar cierta desvinculación norteamericana de la OTAN, ya decidida *in pectore*. Con ello daría satisfacción al ala pacifista del partido demócrata, encabezada por el senador Mansfield, y llevaría a la práctica el propósito formulado el pasado 27 de abril por Henry Kissinger de reconsiderar los términos del Pacto Atlántico, en el sentido de que Europa debe asumir mayores responsabilidades en su defensa, una defensa que, tal y como está concebida, resulta puesta en solfa por los adelantos de la técnica nuclear. Pero este es otro cantar. No ha impedido que el presidente Nixon matara dos pájaros de un tiro, mejor dicho, que con una insólita alerta de un día que asustó al mundo, lograra además un objetivo principal, cual era dar un serio toque de aviso a la URSS.

No se trataba exclusivamente de impedir el envío de fuerzas al Cercano Oriente, sino de hacerle ver de qué serían capaces los Estados Unidos si pretendía atravesarse en el camino de sus intereses vitales. Era desanimar anticipadamente toda veleidad de reacción—salvo la verbal—en el supuesto de que, fracasado el intento de arreglo negociado, se reanudaran las hostilidades, lo que llevaría a los Estados Unidos a intervenir directamente, como último recurso. Antes de llegar a semejante extremo, es de reconocer el indiscutible esfuerzo norteamericano para establecer en el Cercano Oriente

un orden que deje a Israel en pie y los grifos del petróleo abiertos, sin necesidad de intervención militar como, por ejemplo, en el Líbano en julio de 1958. Una intervención que podría ser un desembarco de «marines» en países del golfo Pérsico, pongamos por caso. Ello, además de neutralizar la influencia soviética en el mundo árabe, impediría que la URSS pudiera hacerse con el control de todo el petróleo de que rebosa la región, lo que pondría en sus manos el dominio indirecto de Europa. Si «París bien vale una misa», el petróleo árabe bien justifica el estado de alerta del grado 3, singularmente cuando se presume que no habrá escalada. Porque la solidaridad nuclear norteamericano-soviética, fruto de la mutua disuasión, y, en segundo término, la solidaridad económica, «en vías de desarrollo», hacen que los Estados Unidos y la URSS se parezcan a una pareja mal avenida que pelea y hasta se amenaza, pero que no prende fuego a la casa en la que está encerrada con llave. Por lo menos, tal dice la lógica humana, que no siempre coincide con el aparente ilogismo de los acontecimientos.

FRANCIA Y LA NUEVA CUMBRE DE LOS PAÍSES DE LA COMUNIDAD EUROPEA

Fuera de otras cualidades, Francia tiene la de su capacidad de rápida reacción frente a la oportunidad. Entonces se agarra, si es preciso, a un clavo ardiendo, y como es tenaz, se sale con la suya. La propuesta formulada el 31 de octubre por el presidente Pompidou a los miembros de la CEE de celebrar en Copenhague una «cumbre», al objeto de «armonizar y confrontar actitudes» ilustra la afirmación con un ejemplo práctico y reciente. Ese llamamiento dirigido a la Europa comunitaria, preocupada por las restricciones de petróleo, es la réplica a la agria queja del presidente Nixon por «la falta de cooperación de Europa» en el conflicto árabe-israelí. Ocioso es glosar aquella inaceptable queja, que encontró al Gobierno francés sobre las armas, por cuanto había tenido que enfrentarse a la acusación israelí—coreada por los medios informativos—de que los aviones *Mirage* vendidos a Libia combatían con las fuerzas aéreas de Egipto. Aunque el furor norteamericano por ayudar a Israel no pudiera contar con Francia, esquinada desde hace años de la OTAN, se impone que su postura política en el conflicto del Cercano Oriente, nueva manifestación de su independencia, defendida contra vientos y mareas, no fue del agrado de Washington. Es que Francia tiene un don de ejemplaridad susceptible de influir en la postura

de otros países. A este respecto, cabe preguntarse si las negativas al propósito norteamericano de utilizar las bases europeas para las escalas técnicas de los aviones con destino a Israel hubieran sido tantas de haberse identificado París con la política de Washington. Por ello puede estimarse que la rociada del presidente Nixon iba dirigida en primer término a Francia.

No la cogió desprevenida. Ya se venía preparando a convocar a los participantes en la CEE a examinar no sólo los problemas internacionales del momento, sino singularmente la humillante marginación de Europa de un conflicto que tanto incide en su economía y en el futuro de su influencia y presencia en el Cercano Oriente. Pero la irritación del presidente Nixon ha deparado a Francia la oportunidad de poner en marcha el proyecto de coordinar a los países europeos, atribulados por las medidas adoptadas por los exportadores de petróleo y compungidos por la amonestación de su gran aliado. Este intento Francia lo lleva a cabo en posición de cierta fuerza. Se deriva del trato de favor que le dispensan Arabia Saudí, Kuwait y Libia —otorgado en menor medida a Gran Bretaña—, y además de que no tiene que darse por aludida cuando Estados Unidos afea su comportamiento a los países de la OTAN, que, en su criterio, han salido díscolos. Finalmente, Francia, más que cualquier otro país, ha tomado conciencia del nulo papel desempeñado por la Comunidad en la última contienda del Cercano Oriente, de lo vulnerable que es su economía y de la urgencia de buscar una solución.

Tal prueba la buena acogida dispensada a la proposición del jefe del Estado francés, que, al parecer, se adelantó a Londres, que estaba dándole vueltas a similar iniciativa. Por cierto, Italia ha recordado que con motivo de su visita a Francia en el pasado julio, el presidente Leoni insistió en la conveniencia de acortar el plazo acordado para la unión política, que en la cumbre de París de octubre de 1972 se fijó para 1980. Pero tanto como la necesidad de acelerar el paso para dar contenido político a una Comunidad basada en lo económico se le impone a Francia, que, por sus óptimas relaciones con el mundo árabe, goza de una posición privilegiada con relación a los demás miembros de la CEE, salvo acaso Gran Bretaña, que ha logrado escurrir el bulto de viejos compromisos con Israel. Y esa posición privilegiada es factor decisivo de la voluntad de Francia de establecer la unión política o, por lo menos, la coordinación en la CEE. De no saberse *primus inter pares*, ¿abogaría con tanto brío por la unidad política de la Europa de los Nueve? Cabe dudarlo, ya que los sucesivos intentos en este sentido han

tropezado siempre con la resistencia francesa a alinearse con los demás países. Actualmente no corre tanto ese riesgo, entre otros motivos porque es el único país de la CEE que eventualmente pueda lanzarse a negociar —o intentarlo— un «alto las restricciones» con los países productores de petróleo. Es decir, presentarse como el portavoz de la Comunidad europea, que siempre ha ambicionado ser. Aprovechar que el toro se cuadra para darle la estocada es buena lidia. Y buena política, aunque esa faena nacional no parece que vaya a trascender en lo inmediato en un desvivirse en beneficio de la Comunidad.

Lo sugiere la postura francesa frente a la petición de ayuda de los Países Bajos, abocados a la parálisis por el *boicot* impuesto por los árabes. Aun antes de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores del 6 de noviembre, el primer ministro galo había anunciado la carta que Francia iba a jugar en Bruselas, al decir que la cuestión del petróleo era parte del problema energético europeo. Francia se sacaba la espina de la negativa de los países de la CEE a considerar su proyecto de construcción unitaria de una fábrica de separación de isótopos de uranio. En Bruselas pudo resarcirse a placer, por más que algún país—Dinamarca en particular—invocara el Tratado de Roma para que se atendiera a los Países Bajos. Pero aparte de que el Tratado de Roma no es muy explícito sobre el particular—¿quién iba a pensar en el petróleo!—, a la agudeza jurídica de los franceses no les habrían faltado argumentos para rebatir el artículo más contundente. Y como quiera que Gran Bretaña se mostrara muy precavida a la hora de desafiar la ira árabe, que se traduce en cortes de petróleo, Francia ha hecho triunfar su tesis de que el problema del petróleo no puede aislarse de la política energética europea.

No ha sido menor el éxito de Francia, respaldada por Gran Bretaña—la *entente cordiale* ha funcionado bien en Bruselas—, en lo que atañe al comunicado conjunto, prueba patente del poder del petróleo para hacer cantar la palinodia al país más pro israelí—en este caso, los Países Bajos—. De hecho, ese comunicado, que ha provocado la indignación de Israel, refleja la actitud lógica en países miembros de la ONU. Porque todo el problema del Cercano Oriente desde 1967 se resumía a que se cumpliera la famosa resolución 242, extremo éste que tenía sin cuidado a Israel y a los pro israelíes. Ha sido precisa la crisis petrolífera para que cayeran en la cuenta de que no sólo esa resolución, sino las otras tres a que ha dado lugar la

última guerra, hijuela de la anterior, tienen que cumplirse. Eso y más podrá el irresistible tirón del petróleo, por cuanto el comunicado conjunto advierte que es la primera decisión europea ante la situación en el Cercano Oriente. Si Francia logra llevar la voz cantante en la Comunidad, puede adelantarse que la Europa de los Nueve llevará rumbos de independencia, siempre que se sortee en primer término el escollo de la Unión Económica y Monetaria, tan rezagada en el camino, que no puede pasarse a la segunda fase, prevista para el 1 de enero de 1974. Y también que el señor Messmer consiga en lo interior capear los temporales políticos y huelguísticos, que arrecian con la inflación desembocada.

VIAJE A CHINA DE HENRY KISSINGER

Escala interesante y delicada de la circunnavegación del secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, ha sido la de Pekín, donde llegó el 19 de noviembre, procedente de Pakistán. Ha suscitado desasosiego en la URSS, cuya agencia Tass no ha dado noticias del viajero hasta que ha llegado a Tokio. Apartada del diálogo norteamericano-chino, puede estar recelosa de que China trate de suplantarla en la fructuosa «coexistencia pacífica» o, cuando menos, pretenda compartirla con ella. Por lo demás, la URSS habrá de fiarse de lo que le hagan saber los norteamericanos para tener idea de lo dicho en las largas conversaciones de Pekín. Es decir, que la etapa china del viaje alrededor del mundo en pocos días de Henry Kissinger ha tenido características muy distintas de la actividad diplomática desplegada en el mundo árabe, hecho éste admitido por la URSS desde el acuerdo de Moscú del pasado octubre y más aún desde la alerta del 25 de octubre.

Sin grandes riesgos de error, puede estimarse que entre los asuntos que el secretario de Estado llevaba en cartera figuraba la reunificación de las dos Coreas, que, puesta en marcha con todos los pronunciamientos favorables, ha caído en el bache de dificultades que parecen insuperables. Por reconocer a China audiencia en Pyong-yang, similar a la de Estados Unidos en Seul, Kissinger no habrá dejado de exponer a los dirigentes chinos la conveniencia de que los respectivos amigos de las dos Coreas las convenzan de las bienandanzas de la reunificación, haciendo ambas concesiones, aunque a la postre resultara una chapucería, disimulada por el silencio informativo, que es muy eficaz en caso de fracaso *a posteriori*. Conocida la aversión de China por el

papel de tutor, puede inferirse que Henry Kissinger no ha logrado su propósito. Por idéntica razón, tampoco habrá conseguido la mediación de Pekín para que la chapucería, que es en definitiva «la paz» en Vietnam según los acuerdos de París, no naufrague en la gran ofensiva que Vietnam del Norte y el Vietcong están preparando, y cuyos primeros tanteos ya se registran en el delta del Mekong. No tiene mejor cariz la situación en Camboya y preocupa a los Estados Unidos. Mientras en las filas del general Lon Nol hay señales de disensiones y laxitud, se radicaliza el movimiento antigubernamental, cuyo jefe—por lo menos, teórico—es Norodom Sihanuk, que vive exiliado en Pekín, ya que el núcleo de «*jemers* rojos» ha conquistado la dirección del llamado «Frente patriótico». Aunque la situación de empate en que se hallan actualmente los bandos enfrentados sea en principio la oportuna para negociar, no es del interés de China meter baza en el asunto. Además de lo improcedente de renunciar a su postura de no injerencia, no ha de ver con malos ojos que en Camboya, como en Vietnam y en toda la antigua Indochina, se instauren regímenes a los que sirva de modelo, forma de influencia en que lo ideológico actual es una continuación de lo tradicional. El que estos temas no figuren en el comunicado final sugiere que las discrepancias han sido tales, que se ha optado por darlos por no tratados.

Mas a pesar de la relevancia de estas cuestiones, el motivo principal del nuevo viaje a Pekín de Henry Kissinger era «normalizar» las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la República Popular de China, como declaró al llegar al aeropuerto. Realmente, en la práctica, esas relaciones son casi normales, por cuanto las «oficinas de enlace» de Washington y Pekín funcionan como embajadas. Sólo falta rizar el rizo de relaciones, iniciadas con la visita del presidente Nixon en 1972. La postura de Estados Unidos, reflejada en la declaración de Shanghai de febrero de 1972, era ambigua. De una parte, parecía abandonar a Taiwan a las consecuencias de reconocer que era territorio chino—extremo éste que tiene perfiles de perogrullada. De otra, Estados Unidos mantenía su apoyo político y militar a su vieja aliada. Pero empezó a retirar fuerzas militares de Taiwan, que, por cierto, ha perdido el valor estratégico que tuvo en tiempos por existir ahora misiles intercontinentales, que China Popular está en trance de poseer. Por lo demás, ¿qué ha sido de la política de contención del comunismo en Asia y qué del complejo sistema político-estratégico de alianzas bilaterales y multilaterales?

Frente a esos cambios está el incambiado—e incambiable—objetivo primordial de la política de Pekín: la unificación territorial. Y para Pekín,

Taiwan no sólo es territorio chino, sino la veintisiete provincia de China, reivindicada sin desmayo. Sin duda, a estas alturas, no es probable que recurra a las armas para reintegrarla al «territorio sagrado de la patria». Pero no cesa de obrar para alcanzar esa meta, afanándose por completar el aislamiento diplomático de Taiwan, aun estableciendo relaciones diplomáticas con países opuestos a ella en lo ideológico.

A despecho de estar diplomáticamente en la cuneta, Taiwan goza de buena salud económica. Por tanto, puede seguir adelante, cuando menos, mientras viva Chiang Kai-shek. Anciano y enfermo, no pudo asistir a la reunión plenaria del Comité Central del Kuomintang, si bien dirigió una carta a los reunidos, recordando que Taiwan es factor esencial de la lucha anticomunista y que el legítimo Gobierno de Taipei representa a toda China. Es la tesis sustentada por Washington durante dos largas décadas, antes de formular la de «dos Chinas», en vísperas del ingreso en la ONU de la República Popular, para desembarcar, de momento, en Taiwan, «territorio chino». Sólo falta que reconozca que la República Popular representa la única China.

Es lo que se ha discutido largamente en Pekín. Finalmente, no se le ha dado la puntilla a Taiwan. Más que por la preocupación de respetar el tratado suscrito en 1954 con ella y salvar la credibilidad de los Estados Unidos en materia de alianzas, se imponía proteger los grandes intereses norteamericanos y japoneses en Taiwan. De ahí que Henry Kissinger no haya podido traer en la maleta la normalización de las relaciones entre Washington y Pekín. Es cuestión que, lo mismo que el viaje a Estados Unidos de Chou En-lai, está supeditada a la solución del problema de Taiwan, solución que, a su vez, está supeditada más que a una nueva retirada de fuerzas, anunciada para fin de año, al fallecimiento de Chiang Kai-shek. Todo indica que le sucederá su hijo, que ya gobierna en Taiwan, posiblemente menos cerrado que su padre a la búsqueda de una fórmula con Pekín que permita a todos «salvar la cara». El tiempo y los chinos serán, pues, los artífices de la normalización de las relaciones entre Washington y Pekín.

En resumen, ni las largas conversaciones con Chou En-lai ni la larga audiencia del presidente Mao Tse-tung han logrado que los interlocutores cedieran una pulgada de terreno. Tal evidencia el comunicado final. Entre «Taiwán, territorio chino» y «Taiwan, provincia de China» no se han acortado distancias. Para ese viaje, Henry Kissinger no necesitaba alforjas.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

